

Las metáforas del cuerpo

Tuve el placer de leer *Las metáforas del cuerpo* por primera

vez, hace ya más de un año, cuando era aún una tesis de doctorado a sostener.

En esa primera lectura, que realicé con voracidad, fui golpeada, sorprendida por un texto que avanza, lenta pero persistentemente, en el desarme de todos y cada uno de los elementos que constituyen y construyen la subjetividad femenina, centrado, muy especialmente, en la extraña y peculiar relación que mantiene la mujer, a lo largo de toda su vida, con su cuerpo, con su imagen, con las imágenes ideales, con los modelos corporales, con ese "cuerpo mítico", ideal de belleza y perfección que se agita dentro de cada una de nosotras.

Este recorrido textual, realizado desde distintas perspectivas, psicológicas, psicoanalíticas, filológicas, institucionales y sociológicas, es elaborado con precisión y sin premura, y de manera generosa, nos da a los lectores y lectoras una impresionante información bibliográfica, nos relata todo lo que ha sido dicho en relación al cuerpo y su imagen.

Como todo texto que leo con fruición y que me obliga -como dice Roland Barthes- a levantar continuamente la cabeza "y no por desinterés, sino al contrario, a causa de una gran afluencia de ideas, excitaciones, de asociacio-

nes" (*El susurro del lenguaje*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1984), salgo, con él en la mano, a recorrer los diferentes espacios a fin de encontrar posibles lectores y lectoras. Aún antes de que este libro estuviese publicado, lo utilicé en mis clases, lo comenté, e hice todo lo que estuvo a mi alcance para que fuese publicado. Es por ello que siento una gran alegría y un gran placer de poder comentarlo hoy, cuando ya es un libro, un objeto en busca de su lector.

"Si leo con placer esta frase, esta historia o esta palabra"-dice también Roland Barthes- "es porque fueron escritas en el placer (y ese placer no está en contradicción con las quejas del escritor" o escritora. Roland Bar-

thes, *El placer del texto*, Siglo XXI, México, 1984, p. 12).

El texto que hoy nos convoca, *Las metáforas del cuerpo* es un texto escrito en el placer (y valdría añadir "también en el goce"), la letra está signada, atravesada, herida por la pasión y el temblor del cuerpo que busca salirse de

sí, danzar en un acto de entrega, de sacrificio: donarse en holocausto.

"Todo aquel (o aquella) que escribe -sigue diciendo Roland Barthes- debe salir a la búsqueda de ese lector (o lectora) en el placer" (y agreguemos "y también en el goce"), creándose entre unas y otras, entre unos y otros, un espacio de expectativa de lo noconsumado, un lugar sin espera.

Las metáforas del cuerpo es un tejido, una trama laboriosamente bordada alrededor de la mujer y la danza: un juego sutil de cuerpos agobiados por el peso de su propia liviandad, que quisieran abismarse en el ideal de belleza y perfección y que no logran más que gritar, sin metáforas, el dolor de su existencia imperfecta.

Imperfección que se insinúa cotidianamente en el reflejo satanizante del espejo; en el espejo de otros ojos que miran amenazantes; en la mirada tiránica del tiempo cronológico que aleja a esos cuerpos de la imagen mítica a la que despiadadamente intentan acercarse; en el tic tac sostenido del reloj biológico que impone una distancia insalvable entre esos cuerpos y el ideal de belleza, de perfección, de evanescencia.

El texto nos lleva a pensar en un cruel paradoja: el cuerpo perdido, expropiado de la mujer, le es devuelto por el tiempo cuando lleva en sí la marca de lo nomás deseable para los otros y, por lo tanto, tampoco para sí misma.

Paradoja descarnada de acceder finalmente al cuerpo, perdido,

abandonado a los otros, abismado en ellos, y hacerlo propio, esta vez sí, justo en ese instante en que se encuentra despojado de los atributos que lo convertían en deseable.

Poseer el cuerpo, por primera vez, en el momento en que esa subjetividad, que finalmente cederá a él sin distancia, en un eclipse total entre ambos, ya no desea su compañía, siendo tomado ahora, como un nuevo peso, como la carga de lo por siempre perdido.

El texto nos lleva, a través de diferentes vías, a realizar el trayecto de construcción de esta paradoja, haciendo evidente esa escisión y distancia entre el yo de la mujer y su cuerpo. Extraña y ríspida relación en la que el cuerpo es vivido, sentido como ajenidad, como perteneciente sin pertenencia, como un otro para sí misma. No hay nunca fusión, ni siquiera acuerdo o concordancia, sólo unos lazos tenues y vulnerables tejidos con dificultad entre uno y otro. El cuerpo ajenidad aliena el yo femenino, lo sub-

yuga y oscurece, mientras que el yo femenino que no existe socialmente más que en tanto cuerpo, quisiera esconderlo, cambiarlo, modificarlo, aunque siempre se halla expuesto. El cuerpo ex-iste, es fuera y el yo femenino in-siste por ser, en una lucha denodada por co-habitar un cuerpo que es otredad.

El texto reconre, acompañado por la teoría, el cuerpo femenino y sus avatares, esos lazos delgados y en continuo peligro de ruptura entre una subjetividad sin cuerpo y un cuerpo no-habitado. El texto nos narra la historia de estos amores difíciles entre ellos, pone en evidencia su diálogo continuamente interrumpido, violentado por la mirada amenazante de los otros de quienes depende su ser y su existencia en tanto deseable por ellos. Un ser que cobra vida y un cuerpo que anima ante la mirada deseante del otro.

Las bailarinas aparecen como metáfora de la mujer "que pone en riesgo la imagen de su cuerpo", y escuchamos su palabra que nos sorprende y anonada, ante ese esfuerzo sin descanso y sin piedad, por rozar, sin alcanzar jamás, la imagen de cuerpo mítico, ideal de belleza y perfección. Y al escuchar su palabra pensamos en sus cuerpos perdidos de sí en un constante acto de exaltación.

Cuerpo exaltado, perdido en las alturas, en un esfuerzo de mantenerlo en el límite de su peso para que ascienda y ascienda más allá de las alturas mismas, con

la sensación, por siempre presente, de que sólo allí, en esas alturas insospechadas, la vida fluye y encuentra sentido y significación; y al mismo tiempo, resuena en ellas la angustia inevitable ante del riesgo de una caída estrepitosa, ya que se ha ascendido más allá de lo habitable.

Cuerpo exaltado, extraviado en su ascenso, perdido en lo alto, disminuido en su carne sometida a un perpetuo movimiento, levantando el vuelo en una ilusión de libertad, un estar más allá del terruño, de lo familiar y conocido donde no hay ni un arriba ni un abajo; ni un cerca ni un lejos; ni un antes ni después; un fatigoso "trepar" por las gradas de la escala, al decir de Nietzsche, hacia una altura azotada por los vientos.

Y también, al escuchar la palabra de las bailarinas, pensamos en nuestros cuerpos, en estos cuerpos de mujeres que hace mucho tiempo desistimos de trabajar por lograr una cercanía con ese cuerpo mítico, ideal de belleza y perfección, y que sin embar-

go la misma dinámica aparece en toda mujer y se inscribe en nuestros huesos, en nuestra carne; la misma paradoja nos corroe ya que nuestros cuerpos han sido modelados ya sea para exponerse, o bien para esconderse, a la mirada fiscalizadora de los otros, cuerpos atravesados por miradas inclementes que exigen, sin descanso, una perfección que no se logra, a fin de que en ellos, en nuestros cuerpos, repose el deseo ajeno, y con él la frágil sensación de ser reconocidas, amadas, valoradas, en síntesis tener derecho a ser y a existir.

Muchas de nosotras, ya que no bailarinas, abandonamos, más tarde o más temprano, la tarea de trabajar denodadamente sobre nuestros cuerpos, desistimos y ello se transformó en el fracaso del cuerpo. Un cuerpo que quisiéramos olvidar, que se convierte en nuestra sombra.

Las bailarinas, en su esfuerzo titánico, lo tienen ahí para trabajarlo, victimario, lastimarlo, recordándolo siempre; en tanto que algunas de nosotras, las que no bailarinas, lo tenemos ahí, también, cargándolo, arrastrándolo, intentando olvidarlo, haciéndose presente a pesar de todo, por encima de todo, y gritando con sus síntomas, hablando el lenguaje del dolor y la enfermedad.

Cuerpo perdido, que no nos pertenece perteneciéndonos sin embargo, que es de los otros: de la familia, de los hijos, de un amor, de una pasión, de una idea, de una obsesión. Un cuerpo ex-céntrico, fuera de su centro, del propio yo.

Cuerpo ex-céntrico, alejado fuera de sí en el plano de la horizontalidad,

arrastrado, jalado como una carga, cuerpo muerto del cual no podemos desprendernos, abandonado a sí mismo, negado en sus anhelos.

Y en ambos cuerpos, exaltado o excéntrico, hace su aparición el terror ante el tiempo que se desliza de manera inexorable. En las bailarinas, con la angustia desbordante de quien se resiste a acoger maternalmente ese cuerpo que fue capaz de perderse en las alturas y cuya caída acelera el tiempo. En las otras mujeres, pensamos, con esa angustia que hace estragos, ya que el peso se acrecienta y la carga se hace insoportable. Tanto en una como en las otras, en la verticalidad de la exaltación o en la horizontalidad de la excentricidad, el cuerpo se hace peso muerto, síndrome, fatiga, desesperanza, depresión.

Las metáforas del cuerpo esta pleno de ideas sugerentes que nos permiten pensar y repensar esa extraña y difícil relación entre yo

y el cuerpo, "yo, que tengo un síntoma y se transforma en anorexia. cuerpo", ese derivado o apéndice. El vocablo integrado por la partícula an que inevitablemente soy. Los tres de carácter privativo y de oregomai, últimos capítulos, en los que desear. El vocablo nos remite no sólo Margarita Baz resume su texto, las a la falta de apetito sino a la privación tres metáforas del cuerpo: el del deseo y Margarita nos recuerda resplandor de la ofrenda, como la que la anorexia, hoy, es "un síntoma dinámica libidinal que hegemoniza el predominante femenino (que se goce, y el vértigo ante el vacío da principalmente en mujeres como esa atracción-repulsión por la jóvenes), y que en el mundo de la muerte y por la vida, ponen a danza es endémico" (p. 227). funcionar tres imágenes míticas "Cuenta pendiente de las mujeres contradictorias y complementarias con su cuerpo y su sexualidad", Narciso, Eros y Tanatos. dirá la autora.

Un Narciso fracturado, colapsado. Margarita lo hace explícito: "como si sobre su imagen corporal gravitara una mirada ambigua y desilusionada que dificulta la aceptación y valoración de su cuerpo y de sí misma. ¿Nuestra hipótesis? - continúa diciendo- una mirada fundante de la madre que es deseante sobre esa hija (la que al fin y al cabo funda a ese sujeto), pero que está teñida de cierta decepción y descalificación como herencia generacional de la cultura del patriarcado" (p. 218).

Un Eros desesperado, insidioso, persistente, ciego. Alguien que "no espera ser reconocida o amada, sino que busca serlo, y lo hace desplegando su capacidad deseante a la máxima expresión: la forma pasional del vínculo (...)

un gesto devoto y desesperado: la entrega, la oferta del propio ser, del alma. Es dar todo porque se desea recibir todo" (p. 225). Y en ese dar todo, ofrendan su propio cuerpo y también su propio deseo.

Esa ofrenda del cuerpo se vuelve

Quisiera compartir con ustedes las palabras de André Gide escritas en 1949, cuando tenía ochenta años, en relación a la anorexia que comenzó a aquejarlo unos meses antes de su muerte, sin olvidar que fue, durante toda su vida, un hombre pleno de apetitos, un oréxico: "Decir que padezco de anorexia, es decir demasiado: lo peor es que casi no padezco; sin embargo mi inapetencia física e intelectual ha llegado hasta tal punto de que, a veces, no sé ya qué me mantiene

aún con vida, a no ser la costumbre de vivir. Tengo la impresión de que, para dejar de ser, sólo tendría que abandonarme". (Citado por M. Tournier, *El vuelo del vampiro*, F. C. E., México, 1981, p. 185).

Y finalmente un Tanatos tiránico y seductor, que intenta generar la ilusión de que sólo él promete la inmortalidad. Cito: "es producir obsesivamente un movimiento poético como extenuación del cuerpo ante el vértigo del vacío, de la nada, vértigo que es producto de la conjunción del horror y la atracción: horror ante el deseo de muerte, atracción por el

vacío" (p. 232).

Las metáforas del cuerpo es un texto a leer y descifrar.

María Inés García Canal

Las metáforas del cuerpo. Un estudio sobre la mujer y la danza,
Margarita Baz, colección las Ciencias Sociales-Estudios de Género, ed. PUEG, UAM-X, Miguel Ángel Porrúa, México, 1996.